

UNA VIDA SIN HISTORIA: AMIEL



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, julio de 1923.

Al principios de este año se publicó en la "Collection Helvétique" que se edita en Ginebra una nueva y muy aumentada edición de los "Fragmentos de un diario íntimo" (Fragments d'un journal intime) de Enrique Federico Amiel. No más que mil seiscientos cincuenta y ocho ejemplares. Esta nueva edición, en tres gruesos volúmenes—335, 342 y 463 páginas—ha sido dirigida por Bernard Bouvier, que le ha puesto una introducción, así como la primera la llevaba de Edmond Scherer. La selección de los fragmentos para aquella primera la hizo la señorita Fanny Mercier, que heredó los papeles literarios e íntimos de Amiel. Cuando éste murió, el 11 de mayo de 1881, cuando le faltaban poco más de cuatro meses para cumplir la sesentena, la Srta. Fanny Mercier tenía cuarenta y cinco, quince menos que su maestro. Murió en 1918 a sus ochenta y dos años. Amiel le llamaba su "querida calvinista", la "san-tita", la "cristiana", "Sensitiva", "Seriosa", "Fida", "Estoica" pero a juzgar por los fragmentos que seleccionó hacia fuera, que segregó, y por los retoques y abreviaciones que hizo en otros, era una especie de gatzmoña calvinista o puritana—y la gatzmoñería calvinista es mucho más terrible e inhumana que la católica—que se asustaba de las desnudeces que Amiel muestra en su diario íntimo. La nueva edición de Bouvier no nos da otro Amiel, pero nos da más entero Amiel y un Amiel de carne y huesos. Hay paisajes, como aquel en que habla de su propia virginidad a los veintiocho años y aquellos otros en que cuenta su terrible agonía, la última de su último mes con la dolencia que le iba arruinando el cuerpo, que nos muestran un Amiel menos etéreo y mucho más terreno, más humano.

Ese tremendo diario íntimo, del que vivió preso el pobre Amiel, ese largo y torturado monólogo, que es un diálogo con Dios y con la posteridad—lo escribía pensando que habría de publicarse muerto él—recuerda no poco las "Confesiones" del otro ginebrino, del gran Juan Jacobo Rousseau, a quien tanto había estudiado Amiel y de quien nos dice cosas tan justas y tan finas. Hasta los admirables juicios críticos que Amiel hace de otros escritores son íntimos, son autobiográficos. Antes de juz-

gar a otro se lo apropia, se mete en él y ve en sí mismo las deficiencias que en otros advierte.

Hay quien hace una obra como la de Amiel pero públicamente, dando al viento de cada día las hojas de la confesión íntima de su vida. No sin peligro. Porque así como a aquel Don Pablo del poema "El Diablo Mundo" de nuestro Espronceda, cuando rejuvenecido y hecho Adán salió corriendo desnudo por las calles de Madrid, la gente le persiguió a pedradas gritando "¡al loco!" y le reatieron en la cárcel, pues no hay locura más peligrosa que la de mostrarse desnudo, así al que muestra en público la desnudez de su alma le va mal. Y Amiel, aunque recatándose, sufrió de la incompreensión y de la insensibilidad ajenas como él nos lo dice con acento de resignado pesar. Sus juicios sobre Ginebra y la sociedad ginebrina son bien característicos.

Más como nos proponemos volver en otros ensayos sobre este nuevo aspecto de Amiel, sobre las facetas de él que se nos han descubierto, hemos de limitarnos ahora a una parte de esta autobiografía sin aparente historia. Y decimos sin historia porque con fecha 28 de noviembre de 1872 escribía: "No noto en mí ni marcha, ni progreso, ni crecimiento, ni acontecimientos. Me siento "ser" con más o menos intensidad, tristeza o gozo, salud o lucidez, pero no ocurre nada en mi vida y no recorro una carrera alejándome de un punto fijo y aproximándome a un término deseado". Y este punto de conciencia de una vida sin historia, de una conciencia pura y quieta, de un lago y no de un río espiritual, vive, como un "leit motiv", como un estribillo, en las páginas íntimas de Amiel. Su vida era más la del lago Lemán, el lago de su Ginebra, que no la del río Ródano que de él sale impetuoso. El diario era su lago y en él se disolvía su conciencia. El Diario le mató la historia. O por no ser capaz de tenerla se ahogó en su Diario, se suicidó en él para resucitar inmortal. El 19 de abril de 1876 escribía: "El diario íntimo me despersonaliza de tal manera que soy para mí otro y tengo que rehacer el conocimiento biográfico y moral de este otro. Este poder de objetivación se hace una causa de olvido".

Amiel era, no se hacía; vivía, no tenía historia. (Y obsérvese, de paso, toda la intensidad de nuestra expresión vulgar de: ¿qué se hace usted ahora?" ¡Hacerse!) Y esto ex-





plica en su lucha íntima por la perduración, en su hambre de inmortalidad, cómo llegó a su doctrina de la "reimplicación" psicológica, después de haber pasado por la de la inmortalidad facultativa, o sea por los que la deseen. El 27 de febrero de 1874 escribía: "...el ardiente deseo de sobrevivir haría sobrevivir; el ardiente deseo de anonadamiento sería igualmente atendido. A cada cual según sus votos. Así la divinidad dejaría a cada uno hacerse su suerte, castigarse o recompensarse por su elección misma..." Pero seis años después...

El 31 de octubre de 1880, después de decir que su vida le parece vacía, que la categoría del tiempo no existe para su conciencia, que vuelve a entrar en lo informe y lo fluido, en la existencia virtual, como el ave en el huevo o el organismo en el germen, escribe:

"Esta "reimplicación" psicológica "es una anticipación de la muerte"; "representa la vida de ultratumba, "la vuelta al "schoel", el desvanecimiento entre los fantasmas, la caída en la región de las "Madres" (Frausto); o más bien la simplificación del individuo que, dejando evaporarse todos sus accidentes, no existe ya más que en estado "de tipo, de idea platónica, en otros términos, el estado indivisible y puntual, el estado de potencia, el "cero fecundo. ¿No es esta la definición del espíritu? El espíritu arrebatado al espacio y al tiempo ¿no es esto? Su desarrollo pasado o futuro está en él como una curva, "está en su fórmula algebraica. Esta nada es en todo. Este "punctum" sin dimensión es un "punctum saliens". ¿Qué es la bellota sino el roble que ha perdido sus ramas, sus hojas, su tronco y sus raíces, "es decir todos sus aparejos, sus formas, sus particularidades, pero que se ha concentrado en su esencia, en la forma figurativa que puede reconquistar todo?"

"Este empobrecimiento no es, pues, más que una reducción superficial. "Un hombre pueda perder los cuatro miembros y cuatro de sus cinco sentidos; es todavía un hombre mientras tenga corazón y cabeza, "menos que esto; mientras sea una conciencia. Volver a entrar en su eternidad es, pues, sin duda, morir, pero no ser aniquilado; es volver a hacerse virtual".

¡Pobre Amiel! En la vida sin historia de este solitario, virgen hasta los treinta y nueve años—nos lo di-

ce el soltero toda su vida, sin hijos, rodeado y atendido por mujeres—por una especie de monjitas calvinistas—de alma femenina, tímido y susceptible, preocupado de lo que de él pensarían los demás y de lo que de su espíritu habría de dejar a la posteridad, en la vida sin historia de este solitario ginebrino, que tanto tiene de común con el otro gran solitario ginebrino, con J. J. Rousseau, esa doctrina de la reimplicación psicológica y de la existencia virtual adquiere todo su trágico sentido. Tiene mucha más intensidad que aquella otra de aquel otro gran solitario, de Nietzsche, sobre el retorno eterno. Esto es más épico pero más externo; lo de Amiel es más lírico y más íntimo por lo tanto.

¡Vida sin historia! El 29 de agosto de 1880—y este pasaje figura ya en la primera edición—decía: "La más bella existencia sería la de un río en que los rápidos y las cascadas no se atravesarían más que cerca de la cuna y cuyo curso engrosando se formaría de una sucesión de ricos valles resumidos cada uno en un lago de aspecto igual y diversamente pintorescos, para acabar, a través de las llanuras de la vejez, en el océano en que todo lo que se fatiga viene a pedir el reposo". Esto escribía, a orillas del lago Lemán, del lago de Ginebra, el hombre del lago espiritual, el de la vida sin historia. Pero los lagos no suelen ser tanto la tumba de los grandes ríos como la cuna de ellos. Salen de los lagos, no van a morir a ellos por lo general los grandes ríos. Del lago Lemán hace el Ródano.

¿Sin historia? No, la vida de Amiel no fué sin historia. Su historia fué su Diario Intimo, a que tantas almas han ido a abrevarse, de que tantos ríos de espíritu han brotado. Y ahora que nos han alumbrado nuevas aguas, del lago de Amiel brotarán de ellas nuevos ríos. Y nuevos solitarios irán a abrevarse en ellos. Porque los solitarios son legión. Sólo no son solitarios los esclavos del sentido común, los del rebaño, los que se duermen si les dejan a solas, los que si no se afilian en una iglesia o capilla o en un partido político o apolítico no existen ni real ni virtualmente.

